

ESTUDIAR UNA CARRERA UNIVERSITARIA Y EL PROBLEMA DEL SENTIDO DE LA VIDA

Nicolás Zavadvker ⁶⁵

CONICET / Universidad Nacional de Tucumán
nicozava@yahoo.com

Resumen: Cada año, miles de estudiantes egresan del nivel secundario y se encuentran existencialmente desorientados, al perder el marco de referencia que organizó y le dio sentido sus días por varios años. El propósito de este trabajo –de carácter sociológico y filosófico- es desarrollar justamente una de las respuestas que las sociedades occidentales encuentran al problema del sentido de la vida, particularmente cómo éste se le manifiesta al reciente egresado. Nos referimos a la decisión de ingresar a una carrera universitaria, y a la contención social y existencial que ella encarna como institución, en consonancia con el discurso social que llama a convertirse en un profesional para ser ‘alguien’ en la vida.

Palabras claves: universidad – estudiantes – ingreso

Abstract: Every year, thousands of students graduate from high school and find themselves existentially disoriented, losing the frame of reference that organized and gave meaning to their days for several years. The purpose of this work -of a sociological and philosophical nature- is to develop precisely one of the answers that Western societies find to the problem of the meaning of life, particularly how it manifests to the recent graduate. We refer to the decision to start a university degree, and to the social and existential contention that it embodies as an institution, in line with the social discourse that calls for becoming a professional in order to be 'someone' in life.

Keywords: university – students - entrance exams

El propósito de este trabajo es desarrollar una de las respuestas que las sociedades occidentales encuentran al problema del sentido de la vida, particularmente cómo éste se le manifiesta al reciente egresado del secundario. Nos referimos al discurso social que insta a iniciar una carrera universitaria con vistas a convertirse en un profesional.

Es sabido que el problema del sentido de la vida cobra diferentes aristas de acuerdo a cuál sea el lugar que las personas ocupan dentro de la estructura social. Las respuestas que se presentan ante esta cuestión –acaso la más importante de todas– varían según diversos factores: el ser hombre o mujer, rico o pobre, religioso o laico, etc. Otra fuente de variación,

⁶⁵ Licenciado y doctor en filosofía por la Universidad Nacional de Tucumán. Profesor de Ética, Lógica y Filosofía del Derecho en esa universidad. Autor de los libros "Una ética sin fundamentos" y "La ética y los límites de la argumentación moral". Especializado en ética, metaética y ética jurídica.

que es la que aquí nos interesa considerar, la constituyen las diversas edades de los actores sociales, y consiguientemente, la etapa de la vida en la que se encuentran.

Este trabajo versará concretamente sobre el problema del sentido de la vida en los actores que se hallan en “edad universitaria”, período en el que –por ejemplo– la conciencia de la muerte no cumple un papel esencial. Aclaremos además que lo dicho en el presente trabajo corresponderá más bien a los jóvenes pertenecientes a los estratos económicos medios y altos, que son los que en general se plantean la alternativa de estudiar una carrera universitaria.

Situémonos en primer lugar en el contexto de quienes en general ingresan a la universidad, es decir, del reciente egresado del nivel secundario. Al completar la secundaria o el Polimodal, éste pierde no sólo posiblemente su grupo de pertenencia (su curso, su colegio) y la mayor parte de sus relaciones cara a cara (con compañeros, profesores, etc.), sino también una organización social de su tiempo que le demandaba al menos la mitad de su día. El estudiante se veía dispensado de preguntarse cada día en qué iba a ocupar su tiempo, puesto que las rígidas rutinas institucionales constituían una respuesta social a dicho asunto. Y así como el pasaje por la educación media había orientado durante al menos cinco años su existencia, su egreso significa inmediatamente una desorientación existencial, una pérdida del marco que daba sentido a la conducta cotidiana al referirla a la institución.

Es sabido que el exceso de tiempo libre suele conllevar aburrimiento, fastidio y angustia, sensaciones que reflejan el vacío existencial que nos constituye. Es en este contexto dramático en que suele dispararse la pregunta por el sentido de la vida, es decir, en aquel preciso momento en que se vive la ausencia de sentido. Esta es la situación en que potencialmente se encuentra el estudiante del secundario al perder justamente ese rol (el de estudiante) que guiaba su conducta.

Pero si bien el problema del sentido de la vida se plantea originariamente en la primera persona del singular, se trata en este caso de un problema social acuciante, pues son miles los adolescentes que se encuentran año a año en esta circunstancia, que pone en riesgo la continuidad de la sociedad. Así las cosas, las sociedades occidentalizadas han encontrado, entre otras respuestas, la siguiente: el joven debe proseguir sus estudios en una carrera universitaria con vistas a obtener un título profesional. De esta forma, lo normal es que el reciente egresado del nivel medio ingrese a una carrera en la que prontamente su tiempo se vea nuevamente ocupado por horarios institucionales, y que parte de su angustia se vea mitigada por este hecho⁶⁶.

De esta manera, vemos que la institución universitaria dista de ser una mera transmisora de conocimientos y dadora de títulos, cumpliendo además en la actualidad una función de contención social. Esto explica por qué son miles y miles los jóvenes que año a año ingresan a la universidad, cuando la mayor parte de ellos sienten aversión por el estudio y lo evitaron en la medida posible en el nivel educativo anterior⁶⁷. Por ello el elevado número de inscriptos nada tiene que ver con la cantidad de profesionales que obtendrán un título: es sabido que en las universidades argentinas más de la mitad de los ingresantes nunca llega a cursar el 2° año, y que aproximadamente el 10% llega a recibirse.

Es notorio también que mucha gente permanece varios años en el marco de la institución universitaria, pese a que carece de toda posibilidad de avanzar en sus estudios y que a veces ni siquiera rinde materias. En algunos de esos casos, el propio estudiante evita el

⁶⁶ El ámbito universitario carece en general de la contención propia de las escuelas secundarias, constituyendo para el estudiante un grupo de referencia antes que uno de pertenencia. Contrástese por ejemplo las expresiones “Soy **de** tal colegio” con las más frías “Estudio **en** la Facultad de Ciencias Económicas”.

⁶⁷ Agreguemos, para el caso argentino, tres factores que facilitan el ingreso masivo a la universidad: la gratuidad de ese nivel, la ausencia –en la mayoría de los casos– de exámenes de ingreso y la falta de ofertas laborales.

mayor tiempo posible el reconocimiento de su deserción y se promete a sí mismo cursar o rendir más materias al año siguiente. Esto se debe a que vive su deserción como un fracaso de su proyecto de vida, y no logra aún imaginarse un proyecto de vida alternativo fuera de la institución, por lo que su permanencia en ésta le evita la sensación de fracaso y de desorientación existencial.

Estos curiosos fenómenos refuerzan el hecho de que esas personas encuentran en la universidad ante todo un ámbito de contención existencial, una forma sobrellevable de perder el tiempo. Esto es particularmente cierto en los centros de estudiantes, que en una medida considerable están formados por alumnos que perdieron toda expectativa de recibirse y que llenan su tiempo con reuniones diversas, planes de lucha y configuración de carteles.

Analizaremos ahora el papel que cumple la dimensión temporal en la opción por matricularse en una carrera. En su libro *Tiempo y sociedad*, el filósofo Samuel Schkolnik advirtió que los actos humanos cobran significado por remitirse al pasado o por remitirse al futuro. Así, por ejemplo, una persona que fuera interrogada por las razones por las que ejecuta una acción determinada, probablemente respondería de una de estas dos maneras:

- a) “Porque así se hace”, expresión que –como muestra Schkolnik– equivale a “Porque así se *hizo* hasta ahora”. El presente recibe así su forma y su fundamentación del **pasado** colectivo.
- b) “Porque me propongo **x**”, donde **x** refiere a la acción a un estado de cosas **futuro** que se desea obtener.

Tanto el conjunto de normas sociales que regulan nuestros actos desde el pasado, o el conjunto de expectativas que orientan nuestra acción desde el futuro, confieren significado a nuestro presente y nos liberan de experimentar su evanescencia, su insoportable levedad. Las normas nos liberan además (aunque no en todos los casos) de la pesada carga de tener que tomar decisiones constantemente. Agreguemos también que las aspiraciones no son menos sociales que las normas con las que nos guiamos, elemento que nos será útil para explicar el masivo ingreso al nivel universitario.

El elemento predominante en la decisión de matricularse en una carrera corresponde, evidentemente, al presente en la respuesta 2), esto es, un estudiante que se inscribe, por caso, en la carrera de Abogacía, justificaría su acto en su deseo de convertirse en abogado (o de adquirir una posición económica sólida).

De esta forma, el conjunto de actos cotidianos que involucran el ser un estudiante (levantarse a la mañana para asistir a clases, estudiar para un parcial, inscribirse para rendir en una mesa de exámenes, etc.) componen una *serie*, y es la expectativa de recibirse lo que le confiere unidad y sentido a esa serie. La vida del estudiante cobra su sentido entonces en el futuro, y éste es posibilitado por la capacidad de *proyectarse*, de imaginarse como el profesional que aspira a ser.

Esto explica por qué una vez que se recibe el joven profesional vuelve –en casi todos los casos– a experimentar una crisis existencial, puesto que una vez más ha perdido el marco de referencia que organizaba su vida cotidiana y ha realizado el proyecto de largo plazo que se había trazado, por lo cual debe trazarse nuevas metas y enfrentarse con el duro mundo laboral, cuyas reglas son muy diferentes a las del sub-mundo universitario.

El sociólogo Georg Simmel ha reparado en un ingrediente esencial a las sociedades humanas que permite articular las expectativas individuales de integración a la sociedad con la continuidad de la misma. De acuerdo a Simmel, entre los *a priori* que hacen posible a las sociedades humanas se encuentra el siguiente: el individuo siente que tiene un lugar asignado para él en algunas de las instituciones de la sociedad, que ésta lo espera. Esta creencia, sin la cual la sociedad misma no sería posible, está claramente presente en todo aquel que se dedica a estudiar una carrera, y va generando en el alumno una serie de expectativas para cuando se reciba.

Para Simmel, el sentido de la vida resulta de una transacción entre las solicitudes del individuo y las exigencias de la sociedad. La sociedad despliega un abanico de posibilidades de sentido prefiguradas y cada individuo elige y combina.

Hasta el momento hemos atribuido un origen social al masivo ingreso de estudiantes a las universidades argentinas, pero no hemos justificado aún esa afirmación. Nuestra fundamentación hará hincapié en una serie de discursos vinculados al tema que circulan en el imaginario social de las personas de clase media y alta, tomando en cuenta una serie de consideraciones realizadas por Peter Berger y Thomas Luckmann en su libro *La construcción social de la realidad*.

Berger y Luckmann encuentran cuatro niveles de legitimación, proceso social directamente emparentado con la significación de las acciones que busca que las objetivaciones de “primer orden” ya institucionalizadas lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles. El nivel de legitimación que ahora nos interesa es descripto de la siguiente manera:

“El segundo nivel de legitimación contiene proposiciones teóricas en forma rudimentaria. Aquí podemos hallar diversos esquemas explicativos que se refieren a grupos de significados objetivos. [...] En este nivel son comunes los proverbios, las máximas morales y las sentencias...”⁶⁸

Queremos constatar la circulación, en los niveles medios y altos de nuestra sociedad, de un conjunto de proposiciones pertenecientes a este nivel que legitiman fuertemente el estudio de una carrera universitaria. Considérese enunciados tales como “Sin un título no se es nadie” o “Hay que perfeccionarse en la vida”. No sólo constituyen claros incentivos para decidir el ingreso a la universidad, sino que otorgan sentido al acto de estudiar una carrera una vez que se está allí (pues el alumno siente así que llegará a ser “alguien”, esto es, que ocupará un lugar reconocido por la sociedad). Conjuntamente con estas frases circulan distintas versiones de ideas tales como que la educación genera progreso, que una carrera permite acceder a trabajos mejor remunerados y de mayor estatus, etc. Influenciado por estas ideas, lo normal es que el estudiante recién salido del secundario apenas llegue a experimentar un vacío de sentido, puesto que la sociedad prefiguró para él una respuesta casi automática.

Este imaginario que se teje en torno a la universidad –tan ajeno al placer por el conocimiento– permite pues que nuestros estudiantes vean mitigadas sus crisis existenciales al menos por unos cuantos años.

⁶⁸ Berger, P. y Luckmann, T. (1998) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Buenos Aires (p. 123).